



## Tú y yo

de Niccolò Ammaniti

Anagrama

El joven escritor Niccolò Ammaniti (Roma, 1966) es considerado la gran figura italiana de su generación; su obra ha sido traducida a 44 idiomas. Es autor de *Que empiece la fiesta*, *No tengo miedo* (Premio Viareggio 2001) –para muchos su obra maestra–, *Como Dios manda* (Premio Strega 2007), *Te llevaré conmigo*, *Tú y yo* (2010), entre otras.

De él se ha dicho que *“...ha creado un retrato convincente de la Italia contemporánea, y ha aportado un necesario contrapeso a los retratos románticos y turísticos del país. Y aun así, a pesar de la dureza de su mundo, el calor humano burbujea entre sus grietas.”* (Matthew Kneale, Financial Times).

*Tú y yo*, una novela breve con una mirada aguda sobre la adolescencia, fue llevada al cine por Bernardo Bertolucci.

El protagonista es Lorenzo, de 14 años, un chico tímido, con muchas dificultades para relacionarse con sus compañeros de escuela. Su contrafigura es su media hermana, Olivia, nueve años mayor que él, impulsiva, adicta.

Lorenzo se presenta diciendo: *“Entre los trece y los catorce años di un estirón tremendo, como si me hubieran dado abono, y superé en altura a todos los de mi edad. Mi madre decía que me habían estirado dos caballos de tiro. Me pasaba un montón de tiempo ante el espejo, mirándome la piel blanca llena de pecas, el vello de las piernas. En la cabeza me crecía una mata de pelo castaño entre la que asomaban las orejas. La*

*pubertad había remodelado mis facciones y me separaba los ojos verdes un narizón enorme.”*

Como cualquier púber, pasa mucho tiempo contemplándose en el espejo, tratando de reconocerse a pesar de sus “metamorfosis”, pero el espejo le devuelve una imagen que siente ajena, como si hubiera actuado sobre su cuerpo una fuerza descomunal o un producto químico, un abono, ubicándose así en una condición de vegetal, no humano. Representa estas transformaciones como procedentes del exterior y fuera de su control, con resultados que, decididamente, no responden a un ideal estético.

Pero, a diferencia del común de los chicos de su edad, frente a este Real que lo acosa -lo **“tremendo”** del estirón- generador de angustia, Lorenzo no encuentra un reparo en el “espejo” que podrían brindarle sus pares, dado que es un solitario, casi no interactúa con los otros, los mira de lejos.

A falta del sostén identificadorio que podrían brindarle otros adolescentes ubicados en un lugar de semejantes, se refugia en identificaciones imaginarias con animales. *“Poco a poco fui comprendiendo cómo debía comportarme en la escuela. Tenía que mantenerme aparte, pero no mucho, porque entonces llamaba la atención. Me confundía como una sardina en un banco de sardinas. Me camuflaba como un insecto palo entre las ramas secas. Y aprendí a controlar la rabia... Así dejaron de meterse conmigo”*. O el animal elegido podía ser un Ñuzo, un animal de su invención, feo pero dotado de extraordinarios poderes.

El mimetismo como estrategia le permite aparentar una pertenencia grupal que no tiene, por ejemplo, insertarse como arquero del equipo de fútbol, al mismo tiempo que en su interior sigue aislado, en su mundo.

El cambio intempestivo de colegio decidido por un padre poco empático lo coloca en “un planeta hostil” donde su “técnica mimética” dejó de funcionar. *“En aquel colegio los predadores estaban mucho más evolucionados y eran mucho más agresivos, y se movían en grupo. El que permanecía en letargo, el que se comportaba de manera anómala, era inmediatamente percibido y castigado”*.

Busca entonces identificarse con una nueva imagen que le permita sobrevivir. Elige ahora a una inofensiva mosca de los trópicos que imita a las avispas y de este modo infunde miedo y se hace respetar por animales y humanos. Lorenzo comienza a vestirse como los demás, con vaqueros rotos, remeras con capucha, se deja crecer el cabello, arroja su mochila al piso y la pateo, contesta mal a los profesores... *“La mosca se integró perfectamente en la sociedad de las avispas y logró engañar a todos. Creían que era uno*

*de ellos. Que era como hay que ser.*” Todo esto no dejaba de ser una simulación y se sentía separado de los otros por un “abismo que se ahondaba cada vez más”.

Para las vacaciones de medio término, descubre que un grupo de compañeros a los que denomina “los Cuatro Fantásticos”, a los que observa a la distancia, va a esquiar a Cortina d’Ampezzo.

A modo de broma, le dice a la madre que ha sido invitado y la alegría que le produce es tan grande, que luego no se anima a decirle la verdad y decepcionarla; se siente obligado a ser el adolescente sociable soñado por ella. Después de contemplar la posibilidad del suicidio para salir del atolladero, decide sostener la “farsa” permaneciendo escondido durante las vacaciones.

Imposibilitado aún para desalienarse del deseo del Otro, que le permitiría elegir su camino y ser “a su manera”, se somete, al mismo tiempo que se rebela y engaña a los padres, pero no va demasiado lejos ya que construye su escondite en el sótano/baulera de la casa.

Prepara allí una suerte de refugio autoerótico, donde se siente a salvo de las presiones y las miradas, feliz, en calzoncillos, sin bañarse, rodeado de sus alimentos, libros y video juegos preferidos. Hasta que hace su aparición la hermana, al comienzo como una presencia molesta, pero con esta hermana poco complaciente va encontrando una salida simbólica. Empieza a hablar de sí mismo, no ya del que querían los padres o de su reverso, como el positivo y el negativo de una misma posición subjetiva de sumisión al Otro, sino que se conecta con sus propios deseos y temores, recupera por su intermedio recuerdos de infancia y termina admitiendo cuánto deseaba pertenecer al grupo y ser como aquellos chicos secretamente admirados que habían ido, de verdad, a esquiar.

Se suceden diversas situaciones y un desenlace fuerte que no voy a contar ya que espero motivarlos a leer este precioso libro. Sólo agregaré que, más allá del placer de su lectura, nos da la oportunidad de hacer interesantes articulaciones teóricas en relación a temáticas tales como las consecuencias en la adolescencia del fracaso de la función paterna como articuladora de la Ley, en especial en lo que hace a la preservación de la vida, una de cuyas consecuencias es el déficit en la instauración de la confianza en el otro que permita hacer lazo social. Se puede ver cómo, en algunos casos, los hermanos y hermanas funcionan como suplencia, intentando el rescate que evite el derrumbe subjetivo.

**Mabel N. Belçaguy**

**Marzo de 2013**